



EL REINO DEL REVÉS
LINO GARCIA MORALES

A Hugo, Héctor y Viki,

Vamos a ver cómo es el Reino del Revés

Tabla de contenido

El Pirata

Nada el pájaro y vuela el pez

El Silencio

El hombre que vio a la estudiante con un telescopio

Nadie baila con los pies

Antes

Dos y dos son tres

Parking

Un ladrón es vigilante

Los infieles

1530 chimpancés

Ramón

En un sueño

La zorra que lloró como una cerda y confundió una ballena con un culo

El año que duró un mes

1=2

Dale a Me gusta

El oso y la nuez

La lección de Hugo

Los homúnculos de Elaine Sturtevant

No tengo mapa en este mundo

Querido diario

La partitura de Héctor

El Paso

Gente solitaria

El futuro es siempre hoy

El Pirata

Había una vez un hombre que quería ser pirata así que desenterró un viejo mapa y nadó hacia donde se suponía que había un barco hundido con un tesoro, pero un tiburón le arrancó una pierna y le pusieron una pata de palo.

Tiempo después se agenció de un viejo mosquete. Lo limpió con tanto esmero que se disparó y le arrancó medio brazo; entonces le pusieron un garfio.

También se hizo con una espada y practicó con la mano que le quedaba. Una imprecisión le arrancó un ojo y le pusieron un parche.

Como caminaba mal, sujetaba mal y veía mal, perdió el equilibrio y cayó por el acantilado de una isla desierta. Solo quedó su calavera.

Nada el pájaro y vuela el pez

Hildita, una vecina del otro lado de la urbanización, me avisó. Pura casualidad. Mamá no llevaba encima nada que la identificara pero, justo cuando la guagua la embistió y la lanzó más allá de treinta metros, un vecino la reconoció, llamó a su casa desde una cabina y dio la noticia para que me avisaran. Ni siquiera sabía mi nombre; solo que era... la rubia. Las malas noticias vuelan, corren, nadan, se arrastran, son imparables, infranqueables. Es imposible evitarlas, son la realidad. «Ojalá te mueras». «Ojalá te parta un rayo». Mil veces la maldije. Mil veces despotriqué como una energúmena. Era mi forma de decir: eres incómoda, no quiero que formes parte de mi vida, quiero que te largues, que me dejes vivir en paz, que no te entrometas, ni me atormentes. Pero no sabía decirlo de otra forma. Todos mis gritos supuraban odio. La necesidad es insaciable. Todo aderezado de oprobio. La estupidez es infinita. Me irritaba tanto que cualquier insulto me sabía a poco. Ella simplemente callaba, para molestarme, para encender más, si cabe, mi ceguera. Sin embargo, cuando me dijeron: -Está muerta -sonó vacío, sin suficiente contundencia para ser verdad, como una metáfora de mal gusto tan hueca como el aire que no se ve pero que respiramos.

Mamá ha muerto. Ya no molestará más. ¿Cómo será mi vida ahora? Lloré tanto que supongo que a cualquiera que me hubiera escuchado le costaría creer que lloraba por ella.

Sería más fácil pensar que lloraba porque ahora no sabría cómo seguir viviendo, a quien seguir maltratando. Tengo a mis hijos, tengo a un marido con el que seguro, la muy cabrona, habrá singado más de una vez. La muy puta. La mosquita muerta. ¿Por qué no me alegro entonces?

Tuve que llamar a más de seis o siete hospitales para dar con ella. Mi marido me llevó en el carro. No quiso verla. Tuve que reconocerla yo. No pude evitarlo. -Si, es ella -asentí a pesar de estar irreconocible. No se murió al momento. Duró dos largos días en el que parecía que no abandonaba la guerra tan fácil. Era dura. Pero, cuando salió del peligro, cuando por fin parecía volver de una vez y por todas, abandonó. Nos dejó a todos con el apuro de contárselo a los niños, de enterrarla, de olvidarla, de seguir sin ella.

Cuando regresé el fin de semana noté todo, algo cambiado. Todo estaba en su lugar, pero nada era lo mismo. Mi madre no estaba, había mucha gente entrando y saliendo, mi tío preparándonos la comida. Mi padre me pidió que le acompañara a hacer una gestión con el carro. ¿Acompañarle a hacer una gestión con el carro recién llegado de la beca, muerto de cansancio? Algo tenía que decirme, eso estaba claro, así que dejé el bulto y le seguí sin chistar. Dio un rodeo estúpido y paró en una carretera desahuciada al borde del mar.

-Tu abuela tuvo un accidente -me dijo-. Pero no te preocupes, ella es dura, ya verás como se pone bien.

Pero cuando alguien dice: *No te preocupes*, en realidad quiere decir: *Esto es muy preocupante*; así que, aunque no dije nada, pensé en que no me acordaba de cuál había sido nuestra última conversación el domingo, antes de irme a la beca. Sé que era algo que tenía que ver con el uniforme, pero no recordaba qué. Ella quería una cosa y yo otra pero, por mucho que me estrujaba las neuronas, en ese momento no conseguía acordarme de ninguna de las dos cosas.

Sé que yo quería que quitara el almidón de la camisa del uniforme, pero no recuerdo en qué era imposible ponernos de acuerdo exactamente. Me pareció patético que este fuese mi último recuerdo suyo: un estúpido desacuerdo sin sustancia; o al menos eso parecía después, cuando sabía

que su cuerpo se debatía entre la vida y la muerte en una unidad de cuidados intensivos de un hospital de la Habana.

-¿Puedo ver a la abuela? -pregunté.

-No -me respondió-. En su situación no es recomendable. Está inconsciente y con las constantes vitales muy bajas. Está jodida, muy jodida, pero seguro que la abuela sale de esto, ya verás -¿cómo si entrar o salir de “esto” fuera alguna opción? ¿Qué se puede hacer en contra de lo que no depende tu voluntad?

-¿Qué tipo de accidente fue? ¿Qué le pasó concretamente?

-Una guagua -me dijo-, tu abuela cruzó la calle sin mirar y una 65 le atropelló.

-¿La aplastó?

-No, no, no fue eso; parece que el chofer no la vio y le dio un golpe.

-¿Un golpe?

-Sí, le pegó con fuerza, el impacto la lanzó unos 20 metros -no dijo nada más pero en cualquier física elemental es fácil calcular que para que eso suceda la guagua tendría que ir con cierta velocidad y que las probabilidades de sobrevivir de la abuela eran muy escasas; aunque cuando ambas variables compartieran fórmulas diferentes.

Con la abuela muerta era muy probable que se acabaran las broncas, los gritos, el infierno al que no quería regresar todos los santos fines de semana. Era posible que me dieran su cuarto y podría leer sin que nadie me molestara, podría ser un refugio donde salvarme, pero no quería que la abuela muriera. No. Solo algo podría ser peor que muriese: que quedara en coma o paralítica. Entonces el castigo se multiplicaría por 1000, por 10 000, por infinito.

Me eché a llorar y mi padre me pasó el brazo por encima del hombro... y lloró conmigo. Entonces lo supe. Si la abuela no había muerto ya, le faltaba muy poco.

Algún allegado del 265, su madre quizá, debió llamar por la noche porque, nada más llegar, me esperaban en la dirección para darme la noticia. Debíamos transmitirle a 265 que su abuela había fallecido en el hospital a causa del accidente de tráfico. Lo consulté con el segundo entrenador y a los dos nos pareció que la mejor forma de apoyarlo, en esos momentos tan malos, era acompañarlo a la funeraria. Así que les pedimos a todos los chicos que, en lugar de ponerse la trusa para ir a la piscina, se vistieran con el uniforme. -Hoy tenemos otra misión -fue la orden que les dimos. 265 no preguntó nada así que lo puso mucho más fácil. Él era muy inteligente así que “a pocas palabras buen entendedor”. No era tan difícil imaginarse el objetivo de esta misión.

Nos subimos a la guagua y partimos para la funeraria. Todos iban bastante callados pero, teniendo en cuenta la hora, resultaba muy complicado distinguir si era porque ya 265 se lo había transmitido al grupo o porque tenían sueño. El viaje fue rápido e incómodo: estas cosas siempre son muy desagradables porque te ponen en el compromiso de hacerle pasar el peor momento a alguien que ya está bastante jodido. ¿Por qué no se lo dijo el director en persona? ¿Por qué me mandó a mí? Por ser el director ¿no? Menudo cabrón.

Cuando llegamos todos se quedaron sorprendidos. -Es aquí, arriba... abajo -le ordenamos. 265 no había dicho nada. Solamente había que verles las caras -¿Qué tenemos que hacer aquí maestro? -preguntó 220. -Vamos, pa' dentro: en silencio, calladitos y en fila india. Pa' dentro -fue lo único que me vino a la mente. 265 subió la escalinata como el resto. No sabía qué estaba pasando. Entonces vi a su madre. Estaba llorando como una descocida y cuando lo vio lo hizo todavía con más fuerza y él parece que entendió cuál era la misión.